



Theo y Vincent segados por el sol

LUISA ULIBARRI

De Jean Menaud. Con: Héctor Neguera y Ramón López. Dirección: Alfredo Castro. Escenografía: Alejandro Rogazy. Música: Miguel Miranda. Sala 2, Teatro Universidad Católica.

Pocas relaciones filiales en la historia han resultado tan apasionantes como la de los hermanos holandeses Vincent y Theo Van Gogh. Hijos de pastor protestante, miembros de una familia de adinerados "marchand" de arte que irradiaron su presencia por la Europa del siglo pasado—píntor y genio delirante, el uno; equilibrado galerista y hombre cotidiano el otro— sus vidas estuvieron irremediabilmente hiladas por una cadena de amor y dependencia.

Las *Cartas a Theo*, de Vincent; la nutrida correspondencia existente entre ambos; el libro novelado *Arhel de vivir* de Irving Stone y muchos de los documentos redivivos a raíz del centenario de la muerte del "Joco de Arlés" celebrado este año, dan fe de ello. Polarizada en pasión y razón, en mesura y desenfreno, en sobreprotección y desvalimiento, egoísmo y generosidad, la ligaron medio santa y neurótica de estos dos hermanos, da cuenta además de esas dos amistades que intentan ser parte de la biografía de uno solo y muchos hombres. Pero que resulta difícil, imposibilidad de conjugar.

Theo y Vincent, segados por el sol, de Jean Menaud, es un interesante documento teatral que se suma a los anteriores. Sintetiza, desde el diálogo y en sagrados momentos, el encuentro y desencuentro de esas dos polaridades; trozos de sol y angustia; anhelos y vacilaciones, triunfos y precariedades físicas en estas dos vidas tan breves,

distintas y paralelas. Theo sobrevivió pocos meses a la muerte de su hermano Vincent.

De trabajos anteriores

La infancia y distintos senderos vitales de ambos, la precariedad y talento creador de una existencia frente a la "estable solidez" de otra, destellan mesuradamente en un texto que nos informa acerca de los primeros pasos del pastor Vincent en las minas de carbón de Borinage, Bélgica; su viaje a París y encuentro con los impresionistas; la partida al sur, Arlés, "donde sólo había un sol igual al del Japón"; su confinamiento en un sanatorio, y esas relaciones precarias con mujeres de la calle y prostitutas a las que trató de redimir a falta de una sólida identidad afectiva. Todo se desliza con recuerdos y presentes en esta conversación.

Con sólo dos personajes en escena, Alfredo Castro optó por una puesta despojada, esencial, minimalista, poética, y oriental, que es prolongación consecuente de sus trabajos anteriores y de su reciente *Manzana de Adán*.

Apelando a la excelente escenografía de Alejandro Rogazy —un duelo— plataforma irregular, blanco, que sube hasta la pared; una palera alucinada que cuelga del techo, sube y baja; una urna de cristal y un sol "segador" —Castro confronta a Vincent y Theo, como las notas de una partitura musical, o los versos breves de un poema minimalista, pero no carente de una abundante médula y carnadura humana, psicológica, reflexiva y existencial.

En este sentido, el desafío mayor fue realizar un ejercicio confronta-

do entre dos actores formados bajo el alero de la UC —actores maduros y con su propia impronta bastante legataria de esa Universidad— y hacerlos habitar el lenguaje del despojo externo que refuerza el soedco interior del alma, con un resultado mucho más convincente, inevitablemente estremecedor.

Héctor Neguera, quien ya había navegado por estas aguas en experiencias como *El contrabando* de Susskind y otras más, y Ramón Nájera, salen enriquecidos de este montaje, logrando una muy bien graduada entrega interior, y algunos momentos de magia y comunión entre obra, personajes, y espectador. El diálogo bien marcado en sus ritmos, y enhebrado a través de la pasionante dialéctica de estas dos vidas, fluye. Pero también se entrapa.

Se entrapa en algunos momentos donde tal comunión y magia cede al letargo y monotonía de la repetición de módulos y plantas de movimiento, o cuando definitivamente el lenguaje visual bellísimo, delicado y muy elocuente, se "come" al de las palabras, a veces algo efectista en la construcción del texto de Menaud. La excelente música de Miguel Miranda —otra prolongación de *La manzana de Adán*— se convierte en protagonista y muy funcional a esta puesta, donde hay mucha pasión y control, mucho talento colectivo, entrega e imaginación. La actuación es buena, e impacta la bien lograda caracterización física de los personajes.

Alfredo Castro demuestra otra vez su talento direccional, que ha dado frutos excelentes junto a su grupo de teatro "La Memoria", y ahora con el elenco más académico de la Pontificia Universidad. Pero, no estaría de más que recordara e hiciera suya esa frase bíblica: así como cada día tiene su propio afán, cada experiencia y obra teatral tiene su propio lenguaje, y una única e irremplazable identidad.

En *Theo y Vincent* su estética es apropiada y casi perfecta, pero resultaría sospechosa otra futura experiencia similar.

Presentarán en Baquedano obra "Risas a la chilena" **[artículo] Compañía de Teatro de la Univeridad de** **Antofagasta.**

Libros y documentos

AUTORÍA

Autor secundario:Compañía de Teatro de la Univeridad de Antofagasta (Chile)

FECHA DE PUBLICACIÓN

1985

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Presentarán en Baquedano obra "Risas a la chilena" [artículo] Compañía de Teatro de la Univeridad de Antofagasta. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile